

El “homo religiosus”
La religión como fuerza experimentada.

Prólogo (5 p.).

Los más viejos de entre nosotros conocieron en su juventud el último vestigio de un cristianismo que había existido durante siglos. La gente creía de todo corazón que, mientras se bautizara, se confirmara y cumpliera los mandamientos, iría al “cielo” después de su muerte. Estas certezas evidentes, que antaño daban a la gente serenidad y confianza honesta, han perdido hoy mucha fuerza. Los horizontes de la vida son mucho más amplios e inciertos, el mundo y la vida misma se han vuelto mucho más complicados.

La siguiente generación a menudo todavía tuvo una juventud cristiana, fueron bautizados y confirmados, pero a veces esto era sólo para mostrar, como parte de la tradición. Algunos van a la iglesia sólo para acontecimientos especiales de la vida: la celebración de una boda o el duelo tras la muerte de un ser querido, posiblemente para Navidad o Pascua, en un ambiente festivo y a veces con música. Sin embargo, en muchos casos es difícil encontrar una devoción religiosa profunda. Algunos incluso susurran que la fe pura y sincera de antaño se ha reducido a una forma de folclore y ahora pertenece a un museo más que a la vida cotidiana. ¿Crear con convicción en nuestro tiempo? No, no es fácil. Tal vez sea, según algunos, también un poco ingenuo.

¿Y nuestra generación más joven? Muchos ya ni siquiera conocen las verdades más esenciales de la fe. Y eso no les preocupa en absoluto. Sus intereses están en campos muy diferentes.

Además, ¿dónde encaja su fe en el mundo actual? Muchas “personas bienintencionadas” se lo preguntan. En las últimas décadas se han puesto de manifiesto una serie de cuestiones que, como mínimo, no siempre honran al mundo creyente, por lo que, sobre todo los jóvenes, dan la espalda a la religión y buscan otros horizontes. Sin embargo, queda la duda de si no están “tirando el bebé con el agua del baño” con esta elección”. ¿Abandonarán la práctica por el abuso? ¿O esta creencia también es objeto de demasiadas preguntas dolorosas? Son preguntas delicadas que no encuentran inmediatamente una respuesta clara. ¿Qué significa la vida de Jesús para nuestra cultura más bien secular? En efecto, algunos quieren una creencia adecuada a las necesidades de nuestra época, más bien nominalista y racionalista. Impugnan el carácter histórico de los milagros de Cristo, incluso su resurrección, su descenso a los infiernos y su ascensión. Estos acontecimientos se reducen a historias

educativas y de ficción, nada más. Contienen demasiados elementos no verificables y, por tanto, no pueden responder a las críticas de la investigación científica contemporánea.

Pero, ¿dice eso algo sobre lo que la fe quiere mostrar o más bien algo sobre las preconcepciones de nuestro tiempo? En otras palabras, ¿no corremos el peligro de intentar adaptar la realidad de la fe a lo que queda de ella en nuestra mentalidad contemporánea? Y si efectivamente partimos de nuestro axioma más bien profano, ¿permitimos que los datos religiosos, los “hechos que no mienten”, como fueron y siguen siendo atestiguados por muchos testigos, cobren todo su sentido?

Por el contrario, ¿no deberíamos dejar de lado nuestras ideas preconcebidas, para estar realmente en contacto con lo que estudiamos y así dar efectivamente a los datos su pleno significado? Así, son los hechos en sí mismos los que nos informan, y no ya nuestras ideas preconcebidas que se atreven a distorsionar los datos, a colorearlos y a limitarlos a lo que sólo queremos saber. Sólo una actitud realista permite que lo “real” sea “real”. Y sólo así revelamos la 'verdad'. Al menos, así nos lo parece.

Dar pleno sentido a los datos religiosos no es una tarea fácil. Porque, en efecto, ¿de qué debemos ser conscientes? En realidad, ¿qué es la religión? ¿Es algo que se aprende? ¿Está relacionada con los mandamientos? ¿Está vinculada a un conjunto de normas y obligaciones? ¿Es una actitud respetuosa? ¿O es en su naturaleza más profunda algo más? Tomemos el propio Evangelio. Lucas 8:43, donde Jesús dice que alguien le tocó, porque había sentido un poder que salía de él. Sin embargo, resulta que una mujer que sufría una pérdida de sangre había tocado el borde de su ropa por detrás de su espalda. Ella creía que la ropa de Jesús compartía su fuerza vital especial, y que si ella podía tocar su ropa, también compartiría esta elevada energía vital. Así, pensó que se curaría de su enfermedad. El texto del Evangelio afirma que, efectivamente, fue curada. Jesús añadió que su fe la había salvado. Lucas 6:19 también cita que toda una multitud quería tocar a Jesús porque de él salía una fuerza que los sanaba a todos.

Si estos dos textos bíblicos se basan en la realidad, y eso es lo que la Biblia quiere que creamos, entonces dan testimonio de una creencia en una fuerza vital elevada que también es “transitiva”, que puede pasar de Jesús, que la posee en abundancia, a la mujer que aparentemente carece de ella, o incluso a toda una multitud.

En este caso, la religión adquiere un fuerte carácter dinámico, en el que interviene una forma de transferencia de energía. Además, la Biblia habla varias veces de estas funciones energéticas, de lo que llama el poder del “Espíritu Santo”. Pero hay más. Si Jesús pudo sentir que había una fuerza que salía de Él en el momento de la curación, entonces parece que, para usar un término del mundo paranormal, es supuestamente “sensible”. Una persona así siente muchos fenómenos y eventos que permanecen ocultos para el común de los mortales.

Cualquiera que conozca la historia de Abisjag de Sunem y el rey David, tal y como se describe en la Biblia en el primer libro de los reyes, sabe que allí también hay una transferencia de poder. El viejo rey sufría de falta de energía y por ello apenas podía gestionar sus tareas administrativas. Por eso pudo regenerar su energía al poderoso y etérico carisma de la bella Abisjag. La Escritura incluso menciona que se acostó con ella, pero no la “conoció”. Esto significa en lenguaje bíblico que no tuvo relaciones sexuales con ella.

Luego leemos en este mismo libro de los reyes, 17:17-24 que el profeta Elías hizo volver al hijo muerto de una viuda. Para ello se acostó sobre el niño, cara a cara, y rogó a Dios que su hijo pudiera volver a la vida. Esto es lo que ocurrió según la historia de la Biblia. Si esto también es una realidad, entonces la creencia en esta transferencia de fuerza vital es aparentemente mucho más general y también mucho más realista de lo que podríamos sospechar en nuestra cultura occidental contemporánea. El dinamismo y la sensibilidad parecen ir de la mano de la religión. Pero también en esto hay más.

Además, leemos Juan 4:16/19 donde el evangelista escribió sobre una conversación entre Jesús y una mujer samaritana. Jesús le dijo que ya había conocido a cinco hombres y que su actual pareja no era su marido, a lo que la mujer respondió: “Señor, veo que eres profeta”. La reacción de la samaritana muestra que, para ella, un “profeta” era lo que ahora llamamos “clarividencia”. O bien: Lucas 22:8/13 menciona que Jesús envió a dos apóstoles a preparar la comida común de Pascua. Jesús dijo: “Mirad, cuando entréis en la ciudad, os encontraréis con un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde va a entrar. Dile al dueño de la casa: “El señor te hace decir:” ¿Dónde está la habitación, donde puedo comer la comida de Pascua con mis discípulos? “ Él te mostrará una habitación desde arriba. Haced allí los preparativos. Cuando fueron allí, encontraron todo como Él les había dicho. Hicieron los preparativos para la comida de Pascua. Hasta aquí este texto

bíblico. También aquí, Jesús muestra su clarividencia. De forma premonitoria, “ve” lo que sucederá en el futuro inmediato.

Si los dos últimos textos también son una realidad, entonces surge la pregunta de si la religión no sólo puede estar asociada a los procesos energéticos, sino también a una forma de observación paranormal. Sin embargo, en nuestra cultura esto es tan contradictorio con los logros de la ciencia pura que, a primera vista, resulta muy difícil tomar en serio tal tesis. Son tantos los absurdos sobre lo paranormal, y tantos los engaños que se han puesto al descubierto, que una afirmación así puede recibirse, con razón, con un escepticismo extremo. Nos enfrentamos de nuevo a una elección. Aquí nos enfrentamos de nuevo a una elección. Aquí la historia sobre el uso y el abuso parece repetirse. ¿Vamos a negarnos el uso a causa de un abuso? ¿Vamos a tirar el bebé con el agua de la bañera otra vez? ¿Realmente queremos ver sólo, por segunda vez, aquello que los supuestos de nuestro tiempo nos permiten percibir? Pero si lo hacemos, ¿volvemos a juzgar sin haber contactado plenamente con esos datos? ¿Y entonces nuestra visión vuelve a estar coloreada por los prejuicios? ¿Queremos ver los hechos desde el punto de vista de nuestras ideas preconcebidas, o queremos entender lo que se muestra y cómo se muestra?

¿Y si, en los procesos religiosos, no se rechaza a priori la hipótesis de la visión dinámica, las fuerzas paranormales y la clarividencia, sino que se considera posible, al menos por el momento, y ver a dónde nos lleva? ¿Y sólo entonces, y con una mente lógicamente estricta, podemos sacar nuestras conclusiones? No sólo por lo que nos enseña la Biblia, sino también por lo que dicen las religiones arcaicas, antiguas y clásicas. ¿Podría esto llevarnos a ideas más ricas? Cualquiera que se dedique a ello mínimamente, por ejemplo, comprende rápidamente la idea de que casi todas las religiones extrabíblicas están llenas del concepto de “fuerza vital”, poderes energéticos, mágicos y prácticas mánticas de todo tipo. De este modo, estas numerosas religiones muestran una analogía con la religión bíblica: ciertamente hay diferencias importantes, pero también encontramos similitudes y vínculos. ¿No vale la pena profundizar? Esto puede llevarnos a nociones interesantes, también y especialmente a nuestra propia religión bíblica. ¿Encontramos muchas características religiosas en las diversas prácticas mánticas y mágicas de los pueblos? Y viceversa, ¿tiene nuestra religión bíblica características tanto mánticas como mágicas? Sin embargo, verificar todo esto requiere que tengamos una mente abierta. Entonces sí debemos tener empatía con estos creyentes y escuchar lo que tienen que decirnos sobre sus experiencias y prácticas religiosas. Si no lo hacemos, es muy probable que proyectemos

nuestras convicciones en sus costumbres. Entonces lo que ellos mismos tienen que decir, se nos escapa y se pierde cualquier entendimiento con su religión.

Lo ilustramos con un ejemplo. En la India, las parejas que se aparean están representadas en varios templos. Aquí, muchos europeos occidentales podrían afirmar espontáneamente que no se trata de nada más que de porno corriente. Sin embargo, los nativos se escandalizarían de este juicio particularmente despectivo. Para ellos es un acto sagrado: la glorificación de la fuerza vital sagrada. Que se concentra eminentemente en los genitales. En efecto, transmiten esta vida misteriosa. Lo que parece “sexo” para un profano occidental se convierte en un acto de alta religiosidad para el creyente local: el culto a la santidad de la vida. De hecho, debemos compartir sus convicciones religiosas -no las nuestras- para entender lo que ellos -no nosotros- quieren decir con estas representaciones. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de malinterpretarlas.

El Papa Pío XI fundó el Museo Etnográfico y Etnológico de Roma en 1922. Conoció las ciencias religiosas y ordenó a los seminarios que las enseñaran y que respetaran otras religiones y sus costumbres. “Son documentos humanos que no deben ser destruidos”, dijo.

Así que con esta mentalidad tolerante y abierta nos acercamos a este vasto, y nada sencillo, aspecto de la religión. Y no descuidemos ningún tema de este ámbito. Nos sumergimos en los aspectos paranormales de lo sagrado, en las prácticas mánticas y en la magia de los pueblos, y también miramos todo esto desde una perspectiva bíblica paranormal.

Por lo tanto, informamos al lector sobre muchos de los aspectos mánticos y mágicos menos conocidos de la fe. Y, finalmente, le corresponde a él o a ella hacer una elección bien meditada.

el autor